I

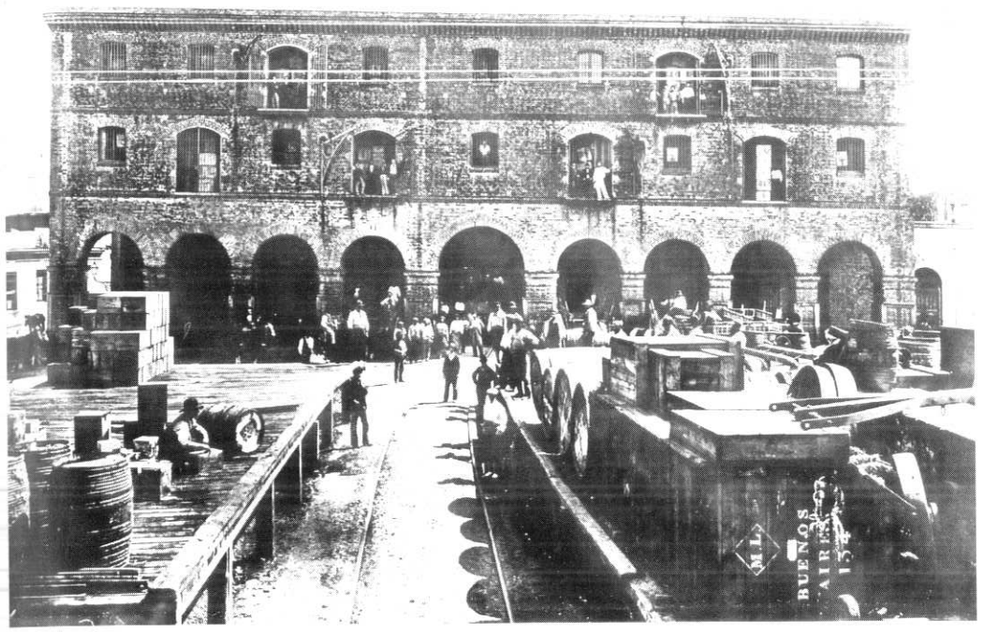
El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916

por FERNANDO ROCCHI

donde predominaba el proceso extractivo, el desarrollo agrario pampeano generó efectos multiplicadores sobre el resto de las actividades. De cada divisa ingresada vía exportaciones, una proporción más o menos importante iba a algún sector o a alguna persona fuera de las "industrias madres", que era como entonces se llamaba a la agricultura y la ganadería. El peso de las actividades secundarias y terciarias fue (como puede verse en el Cuadro nº 4) de una magnitud que no puede dejarse de lado al analizar la economía argentina del período. Es cierto que buena parte de esas actividades estaban íntima y directamente relacionadas con la actividad exportadora; el transporte y el comercio crecieron, en buena medida, vinculados con el movimiento de mercancías hacia el puerto, así como una parte del sector industrial estaba representada por los frigoríficos, que exportaban lo más valioso de su producción. A pesar de todo, la economía interna llegó a generar su propio dinamismo.

El mercado argentino se abastecía parcialmente de importaciones, que crecieron a la par del conjunto de la economía. Una buena parte de la demanda interna, sin embargo, fue provista por la oferta local. La importancia que adquirió esta producción dentro del conjunto del consumo nacional puede verse no sólo a través del aumento del producto industrial sino también a partir del espacio creciente que las importaciones dejaban de abastecer; mientras éstas no llegaban a sextuplicarse entre 1881 y 1916, el producto —tomado como medida de la demanda interna— se multiplicó por nueve (véase Cuadro nº 2). Salvo que consideremos que la población había entrado en una fase de ahorro desmesurado (hipótesis que el resto del relato mostrará como improbable), resulta sensato pensar que la diferencia observada fue provista por la producción local.

Parte de este mercado interno estaba en la zona rural, donde el crecimiento de la agricultura, más que el de la ganadería, proveyó los grandes números de la demanda; la producción agrícola, en efecto, requería una cantidad mayor de mano de obra integrada por trabajadores que eran, a la vez, consumidores. En este mercado rural sobresalían los colonos de la provincia de Santa Fe, que comenzaron a ser objeto de la seducción por parte de las fábricas de Buenos Aires; más aún que los arrendatarios y aparceros del corazón de la zona pampeana, cuya capacidad de ahorro parecía ser (por lo menos si atendemos al fenómeno del consumo) menor.



Muelle de las Catalinas en el puerto de Buenos Aires.

Siendo alta en las zonas agrícolas, la demanda se hacía más visible y dinámica en las ciudades.

La urbanización fue un fenómeno paralelo al del crecimiento exportador. Las ciudades que crecían como hongos demandaban cada vez más bienes y servicios. La actividad de la construcción se desarrolló a ese mismo ritmo y llegó, a principios del siglo XX, a ocupar un lugar significativo dentro del producto total (véase Cuadro nº 4). Esta actividad movilizaba capital y mano de obra a través de sus herrerías, yeserías, marmolerías, zinguerías, aserraderos, carpinterías y de las empresas (llamadas "de construcción") dedicadas a varias de estas actividades al mismo tiempo. Desde los pequeños pueblos hasta la homérica Buenos Aires, el esfuerzo por crear el entramado urbano tuvo efectos tanto transformadores cuanto multiplicadores. Viejas casas chatas eran demolidas para dar paso a edificios más altos, ornamentados y sofisticados, mientras las ciudades extendían sus brazos con una rapidez que sorprendía a quienes visitaban estos lugares de manera

espasmódica. El clima de pujanza que imprimía ver edificios en construcción en cada cuadra era, sin duda, uno de los elementos que más llamaron la atención de aquellos visitantes extranjeros que no dudaron en considerar a la Argentina como una naciente potencia económica (y que no diferían mucho de los elementos privilegiados que influían el ánimo de los observadores que predecían el futuro económico de los nuevos tigres del sudeste asiático antes de la crisis de 1997). La demanda para la construcción (desde los clavos hasta los tirantes) se convirtió en uno de los mercados más atractivos para la naciente industria. Las fábricas se concentraban en la ciudad de Buenos Aires, donde llegaron a emplear (en conjunto con los pequeños talleres) un tercio de su población económicamente activa. Esta localización no les impedía tener como uno de sus objetivos la conquista de un mercado que fuera más allá de los límites de la capital y coincidiera con las fronteras del país. Al lograrlo, crearon un mercado nacional de productos que se desarrollaba junto con la formación de una nación argentina, concebida como una comunidad de vivencias.

La formación de un mercado nacional fue una trabajosa construcción tanto para el Estado cuanto para el sector privado. Sobre el primero, sin embargo, recaía la tarea de proveer el contexto legal necesario para que el segundo pudiera desplegar sus estrategias. La Constitución argentina había prohibido de manera expresa la existencia de aduanas internas. A pesar de ello, las obstrucciones provinciales al comercio continuaron existiendo, de manera más o menos velada, y se convirtieron en uno de los temas que más sensibilizaba a los comerciantes de Buenos Aires. Después de aprobada la Constitución Nacional, sin embargo, varias provincias continuaron con sus viejas tarifas al comercio interior o implantaron otras nuevas, a veces con el objetivo expreso de afectar la entrada de bienes de otra provincia y otras para generar ingresos adicionales en sus modestas finanzas. La Suprema Corte de la Nación intervino en la cuestión e interpretó la existencia de tales trabas como anticonstitucionales, obligando a dar marcha atrás a las provincias que habían hecho uso de esta medida. No obstante, siempre existía algún instrumento para perturbar al comercio. Uno de ellos fue la instalación de "oficinas químicas", que tenían el control sobre las sustancias alimenticias que entraban a una provincia y que funcionaban, todavía en la década de 1910 y según la voz de los comerciantes, como verdaderas "aduanas secas".

Si se hubieran sostenido en el tiempo, las tarifas provinciales podrían haber impedido que llegara la marea de productos salidos de las recientes industrias de la capital del país y que terminaron por reemplazar (salvo contados casos) las manufacturas provinciales que habían logrado competir con las importaciones. La entrada de productos importados a partir del libre comercio había significado un primer golpe para estas industrias locales, mientras la construcción de una red ferroviaria profundizó el peligro al reducir los costos de transporte de las importaciones. Las fábricas porteñas también lograron, con la llegada de los trenes, mejores posibilidades para vender en el interior. A esta posibilidad, le adicionaron las ventajas que les ofrecían sus economías de escala para salir al mercado con productos más baratos. Una de las víctimas de la industria porteña fueron las curtiembres de Salta, que terminaron por sucumbir cuando —en la década de 1880— las de Buenos Aires enfrentaron el mercado con inversiones de capital, producción en escala y reducción de costos. La manufactura salteña, entonces, quedó reducida y limitada al pequeño segmento de la producción artesanal (como la de botas y monturas) que las industrias de la capital no podían reproducir.

El toque de muerte para una gran parte de la rudimentaria manufactura del interior llegó de la mano de las estrategias específicas que las fábricas de Buenos Aires realizaron para conquistar el mercado nacional. Esto no era una tarea sencilla, pues a principios del siglo XX muchos productos todavía enfrentaban mercados regionalmente segmentados. Una de las razones de la segmentación era que ciertas áreas del interior tenían pautas de comercialización y de consumo diferentes de las de la región pampeana. Mientras en Buenos Aires o en Rosario se vendían —aun al consumidor final— productos en cantidades relativamente grandes, en el interior las compras se hacían en números más modestos. Este problema podía ser enfrentado por las industrias porteñas a través de una estrategia comercial de empaquetamiento diferenciado que no implicara costos adicionales desmesurados. Más difícil fue vencer las barreras de las calidades; el interior consumía (en términos generales) productos más baratos y de tipo inferior a aquellos que demandaba la región pampeana. Entrar al mercado del interior implicaba, entonces, una estrategia más compleja, que requería de una línea de producción especial. Finalmente, la industria de Buenos Aires terminó por conquistarlo, creando productos de calida-

des más bajas (que, a veces, hasta tenían una marca diferente) y comprando fábricas más pequeñas en el interior para convertirlas en sucursales o para que salieran del mercado.

El dominio industrial de Buenos Aires encontraba un muro de resistencia en las producciones regionales que el Estado protegía abiertamente, como el azúcar y el vino. La idea de producir azúcar de remolacha en la capital argentina a partir de cultivos que se realizarían en la región pampeana quedó como una iniciativa frustrada ante la presión del Noroeste. A partir de la integración de Cuyo al mercado nacional, por otro lado, la producción de vinos artificiales —hechos a base de pasas de uva mezcladas con alcohol y que salían de unas cuantas fábricas porteñas— fue prohibida por un gobierno preocupado por considerarlos peligrosos para la salud así como por la presión constante de los legisladores cuyanos. De una manera u otra, hacia la década de 1910, la mayor parte del país terminó por formar parte de un mercado unificado de productos. Sólo quedaron fuera de tal mercado algunas áreas por entonces marginales (como ocurría con ciertos espacios de la Patagonia) que terminarían integrándose en las décadas siguientes. Mientras se formaba como nacional, el mercado interno experimentó cambios paralelos relacionados con la propia esfera del consumo.

LA REVOLUCIÓN EN EL CONSUMO

El crecimiento del mercado interno fue tan meteórico como el de las exportaciones. Considerado como producto total, en 1916 era (como dijimos) nueve veces mayor que el de 1881, un crecimiento excepcional para la época; en el mismo lapso, mercados emergentes como el de México y otros de crecimiento más antiguo como el de Gran Bretaña "sólo" se habían triplicado. El aumento producido en la Argentina incluso sobresalía frente a los países de mayor dinamismo económico del período, como los Estados Unidos, donde el mercado se había multiplicado, por entonces, menos de cinco veces. Las cifras del aumento tenían que ver, en parte, con la pequeñez de la economía argentina en 1880; si su tamaño en este año no llegaba a la mitad de la brasileña, en 1916 la duplicaba. El crecimiento del producto total, sin embargo, era el resultado de la confluencia, en proporciones similares, de dos fe-

nómenos que se potenciaron para aumentar la demanda: el crecimiento poblacional y del ingreso per cápita (el primero explicaba un 55% y el segundo un 45% de la ampliación del mercado). En números gruesos, en ese período de algo más de treinta años, los habitantes de la Argentina se habían triplicado mientras que —en promedio— eran tres veces más ricos.

Aparte de su incremento en cuanto a niveles absolutos del producto, la Argentina ofrecía una característica adicional en su demanda: su alto ingreso per cápita, que la distanciaba del resto de América Latina. Estas cifras, de todas maneras, encubren realidades muy diferentes. La distribución del ingreso, tanto al nivel regional como social, nos es desconocida, aunque hay ciertas tendencias que indican el rumbo que iba tomando. El grueso del producto se concentraba en la región pampeana, cuyas ciudades contaban con una demanda potencial significativa, tanto que, cuando la gran tienda inglesa Harrod's tuvo la idea de abrir su primera sucursal en otro lugar del mundo, meditó sobre la decisión, realizó estudios sobre la factibilidad de hacerlo en varias urbes del mundo y, finalmente, en 1913, lo hizo en la capital argentina.

La alta movilidad social de la Argentina, así como los continuos movimientos físicos de la población, vuelve complicada la definición de grupos sociales, si el objetivo es mostrarlos como estáticos y permanentes. Si la idea es describirlos como grupos transitorios, heterogéneos y con límites difusos, en cambio, es posible y útil definirlos y analizar sus comportamientos. Las clases altas desplegaban un consumo conspicuo que incluía mayormente artículos importados; pero su número y su incidencia en el mercado eran pequeños por lo que las clases medias y bajas conformaron el grueso de la demanda nacional. Si bien consumían bienes importados, también demandaban muchos de origen local, por lo que se convirtieron en la base sobre la que se sustentaba la producción industrial argentina.

La clase media aumentó en número y en presencia a medida que crecían una economía con efectos multiplicadores sobre las actividades secundarias y terciarias y un Estado cada vez más dispendioso en sus gastos y sus capacidades de empleo. Parte por emulación, parte por creación de valores propios, fue creando un espacio de consumo donde lo masivo —como copia más que como antinomia de lo exquisito— se tornó no sólo viable sino aceptable. La clase baja entró de manera similar en la esfera del consu-

mo; sus recursos más modestos, sin embargo, la llevaban a desenvolverse en ella más con la actitud que con los números de los sectores medios. Las discusiones sobre el nivel de vida de los sectores populares, cuyo tamaño también nos es desconocido, señalan (según sea la perspectiva) tanto un descenso como un aumento en los salarios reales. Sea cual fuere la evolución salarial, la participación en el consumo de vastos sectores de la población, con la jerarquización de una determinada distribución del ingreso, fue también una característica de esta etapa.

A la vuelta del siglo pasado, el mercado experimentó cambios cuantitativos y cualitativos que llevaron a la formación de una sociedad de consumo masivo que terminó por plasmarse con mayor definición en los primeros años del siglo XX. Los primeros atisbos de este nuevo escenario comenzaron a darse a fines de la década de 1880, cuando el país llegó a contar con una masa de población significativa (que superaba los tres millones de personas) y el crecimiento económico argentino parecía no alcanzar límites, expectativa que la crisis de 1890 mostró como demasiado optimista. El renovado crecimiento económico de la primera década del nuevo siglo posibilitó que los cambios que antecedieron a la crisis se desplegaran con mayor solidez. La llegada de inmigrantes trajo el número de gente necesario para que el fenómeno se concretara en un país que alcanzaba, a principios de la década de 1910, los seis millones de habitantes. Las transformaciones cualitativas, que respondían a un complejo entramado de renovadas ideas y costumbres, no fueron menores. El concepto de tradición, entendido como una relación determinada con el espacio y el tiempo, tomó un significado diferente, que fue de la mano de la victoria de la masificación y la secularización que los nuevos tiempos imponían.

La masificación del espacio encontró su mejor ejemplo en el papel cada vez más importante que los lugares públicos ofrecían como sitios de convivencia simétrica, donde asistían no sólo individuos de distintas clases (algo que siempre había sucedido) sino que lo hacían de manera indiferenciada. Si el paseo por los parques de Palermo había sido un lugar de encuentro elegante del pasado, con familias ricas paseando en sus carruajes, a la vuelta del siglo pasado esos sitios eran invadidos por gentes de las clases medias y bajas que alquilaban uno de esos vehículos por unas horas. La masificación del tiempo, por su parte, se desplegó en la concesión de créditos por las empresas comerciales, desde las grandes tiendas (que abrieron carteras especiales a sus clientes) hasta los pequeños negocios que vendieron sus mercancías en cuotas. A través del crédito, el acceso a los productos se volvió más flexible e incluso logró que ciertos bienes antes inalcanzables para la mayoría dejaran de serlo. La secularización del espacio se tradujo en el surgimiento de lugares comerciales como suerte de versiones del cielo en la tierra, una ilusión que había sido en los viejos tiempos uno de los mayores encantos (y a la vez monopolio) de las iglesias. Las grandes tiendas se volvieron el mejor ejemplo de la nueva tendencia, con sus orquestas, servicios de té y fuentes que las convertían en imágenes terrenales del paraíso para quien entraba desde el conflictivo mundo de la calle. La secularización del tiempo, finalmente, se mostró en la atención creciente que los grandes acontecimientos comerciales —como las liquidaciones— comenzaron a tener por sobre las celebraciones religiosas que antes concentraban la mayor atención.

Con la llegada de la sociedad de consumo masiva, todo terminó siendo un engranaje del mercado. Quizás una de las mejores medidas para observar la profundidad de este fenómeno sea el hecho de que las ceremonias más íntimas y privadas de la vida, como los casamientos y los entierros, pasaron a ser realizadas por empresas comerciales. El surgimiento de compañías que arreglaban todos los detalles del casamiento, así como de otras que se dedicaban al negocio de la muerte, resultó tan novedosa como demostrativa de unos tiempos que cambiaban. Junto con ellas surgieron unas empresas que ofrecían sus conocimientos especializados ante quienes debían vender en un

Propaganda de Hesperidina.

Las vidrieras de Buenos Aires

Los negocios de Londres y París no tienen nada que enseñarle a los vidrieristas de la capital argentina (...) En efecto, el despliegue de luces eléctricas, cubriendo con multitud de lámparas toda la serie de edificios de estos grandes negocios que venden ropa, es probablemente único en el mundo de la decoración de negocios.

Reginald Lloyd, *Argentina in the Twentieth Century*, Londres, 1911, p. 426.

mercado cada vez más complejo: las agencias de publicidad.

La masificación del mercado iba acompañada de cambios en la esfera de la comercialización que exigían conocimientos expertos y especializados. La vieja concepción de una tienda a la que sus clientes recurrían con la idea preconcebida de lo que querían comprar dejó lugar a la vidriera, un instrumento por el cual el vendedor tentaba al potencial comprador con artículos que no necesariamente tenía en mente adquirir. Los productos se acercaban, de esta manera, hasta el consumidor de una manera que transformaba la mediación ejercida por el comercio y potenciaba la relación entre productores y consumidores, que cobró un nuevo cariz con el uso intensivo de la publicidad a principios del siglo XX. Los aburridos avisos clasificados de los años anteriores, que sólo eran leídos por quienes intentaban buscar algo en especial, fueron reemplazados por atractivas propagandas que tenían la finalidad de captar la atención del lector general. Algunas de estas propagandas comenzaron a ser el resultado de verdaderas campañas publicitarias que resultaban de una planificación y estrategia de ventas en donde las agencias ejercieron una acción mediadora.

El mercado, por otro lado, les dio una nueva significación a ciertos fenómenos ya existentes. De esta manera, la moda se transformó de una expresión de la elite a una de masas. La vestimenta había sido durante la época colonial un elemento de distinción social (el viajero Concolorcorvo recordaba, en 1778, los latigazos recibidos por una mulata en Córdoba por usar un vestido similar al de las mujeres blancas de los grupos acomodados). A medida que fue avanzando el siglo XIX, la indumentaria perdió sólo lentamente su dramatismo como instrumento de diferenciación; eran los grupos de clase alta quienes adoptaban las modas (como ocurría con los famosos peinetones de la época federal), mientras los sectores más pobres se vestían de una manera diferente que los hacía fácilmente identificables. En la mitad del siglo, sin embargo, Buenos Aires mostraba algunos rasgos que presagiaban cambios de largo alcance; un Domingo Faustino Sarmiento recién llegado de Chile notaba que los habitantes de la ciudad donde hacía poco había gobernado Juan Manuel de Rosas mostraban un efecto igualitario en la vestimenta que contrastaba con la jerarquización indumentaria de Santiago. La irrupción de lo masivo hizo que, a la vuelta del siglo, el fenómeno alcanzara otras proporciones cuando el grueso de la población empezara a vestirse de manera similar, más allá de su posición social, con lo que la diferenciación a partir de la ropa quedó cada vez más asociada con la marginalidad. Aun los sectores populares se compraban su traje y su vestido en las pilas de las grandes tiendas, que ofrecían artículos similares a aquellos usados por los grupos de mayores ingresos. Este fenómeno se hizo especialmente visible en las grandes ciudades pampeanas, aunque resultó mucho más tenue (o casi inexistente) en las áreas con economías menos dinámicas. El visitante español Federico Rahola anotaba, en 1905, en la *Sangre Nueva* que "es por demás

La difusión de la moda

En septiembre de este año, en la exposición anual de ganadería de Palermo, varias mujeres de familia prominente de la Capital, que vestían de luto, aparecieron en las gradas con zapatos de cuero de color gris perla. Inmediatamente, hubo una demanda por gris perla en las zapaterías y este color, que había tenido muy escasa demanda en el mercado en los últimos años, de pronto se volvió uno de los más populares.

Herman Brock, *Boots and Shoes, Leather, and Supplies in Argentina, Uruguay, and Paraguay*, Special Agents Series, United States Department of Commerce, Serie N° 177, Washington, 1919, pp. 60-61.

curioso uno de los rasgos fisonómicos de Buenos Aires; no se advierte gente mal trajeada en sus calles. Los obreros, con ser muchos, no usan la indumentaria especial que los hace resaltar en las vías de nuestras ciudades. La población ofrece tipo marcadamente burgués; no se notan las blusas ni las gorras que en París y en Barcelona dan un color de mezcla a las muchedumbres que circulan por las grandes avenidas". Esta similitud visual no implicaba la igualación social ni económica, pero sí mostraba que la participación en el mercado había alcanzado a casi todos.

LOS VAIVENES DE LA ECONOMÍA

La incorporación de la Argentina al capitalismo mundial, que permitió un acelerado crecimiento, también le dio a su economía la vulnerabilidad de ese universo integrado. El capitalismo de entonces se caracterizaba (como el actual) por ciclos de auge y depresión que se propagaban en espacios cada vez más amplios en la medida en que se iban integrando nuevos países y regiones al sistema económico mundial. La primera crisis internacional sufrida por la economía argentina ocurrió en 1866 y afectó a las exportaciones de lana. En 1873, el país se vio nuevamente envuelto en una crisis mundial que inició una etapa depresiva e impactó sobre toda la economía; la forma que tomó la llevó a convertirse en un modelo tan novedoso como casi permanente de "crisis de balanza de pagos", que caracterizaría la economía nacional por el resto de su existencia. En los años previos, la Argentina había recibido una cantidad de capitales en forma de préstamos al gobierno que, sumada a las divisas ingresadas por la creciente exportación de lanas, llevaron a un aumento del consumo interno y de las importaciones que entonces lo proveían. En esos años, las importaciones superaron largamente a las exportaciones, con lo que se produjo un déficit en el balance comercial; pero esto no implicaba un problema a corto plazo, porque había un superávit en la cuenta capital del balance de pagos (los capitales que entraban, en efecto, eran mayores que los que salían). Ante los primeros síntomas de desorden económico, las inversiones se retrotrajeron, volvieron a sus lugares de origen (como sucede en todas las crisis) y cambiaron el signo positivo de la cuenta capital. El problema, entonces, se tor-

AVELLANEDA

nó insostenible porque ambas cuentas del balance de pagos se volvieron negativas. El gobierno de Nicolás Avellaneda decidió enfrentar la crisis sin dejar de pagar la deuda externa, pues el objetivo era mantener el buen nombre del país en el mercado financiero internacional; allí fue cuando lanzó su famosa frase, asegurando que se iban a respetar los compromisos internacionales "sobre el hambre y la sed de los argentinos". Éste no era un objetivo menor; la idea era borrar de la mente de los inversores la imagen de una Argentina que no pagaba sus deudas, para así lograr que el capital extranjero volviera (y se incrementara) cuando la situación retornara a la normalidad. Avellaneda impuso un plan que incluía el aumento de los impuestos a las importaciones y un ajuste en los gastos del gobierno. La caída en el consumo —por la interrupción en la llegada de capitales— se unió a las tarifas más altas y al menor gasto público para producir un abrupto descenso en las importaciones (que generó un superávit en el balance comercial) y un aumento en la posibilidad del Estado (que recaudaba más y gastaba menos) para pagar la deuda.

A fines de la década de 1870, la crisis había pasado a ser un recuerdo, mientras el crecimiento económico de los ochenta llevó a la repetición (en escala aumentada) de algunos elementos que la habían precedido. Una nueva crisis llevó a interrumpir el optimismo en 1884; si bien su alcance fue mucho menor que la de 1873, fue lo suficientemente grave como para hacer que se abandonara, como ya dijimos, el recientemente aprobado plan de patrón monetario bimetálico. Pero el país salió de ella sin esfuerzos profundos, y en la segunda mitad de la década volvió el crecimiento económico. De nuevo se incrementaron el consumo y las importaciones, lo cual llevó a un balance comercial desfavorable que se compensaba con una cuenta capital de nuevo positiva por la llegada de préstamos extranjeros (véase Cuadro nº 5). Este esquema parecía funcionar de manera aceitada y la Argentina se convirtió, entonces, en el principal receptor de las inversiones de Gran Bretaña, que era a su vez el mayor exportador mundial de capitales. En medio de la política monetaria expansiva emprendida por Juárez Celman, a fines de la década surgieron bancos sin respaldo a partir de la mencionada ley de bancos garantidos, así como sociedades anónimas cuya naturaleza resultaba sospechosa. El veloz crecimiento económico pronto se conjugó con una especulación que hacía que se realizaran las transacciones más increíbles en la Bolsa de Bue-

Cuadro nº 5: Cuentas del sector externo argentino 1881-1891
(en miles de pesos oro)

Año	Export.	Import.	Balance comercial	Nuevos préstamos	Servicios (intereses +amortiz.)	Saldo de la cuenta capital	Balance de pagos
1881	57.938	55.706	2.232	14.075	11.967	2.108	4.340
1882	60.389	61.246	-857	25.293	15.724	9.568	8.712
1883	60.208	80.436	-20.228	47.399	14.496	27.903	7.830
1884	68.030	94.056	-26.026	39.732	27.574	12.158	-13.868
1885	83.879	92.822	-8.943	38.732	22.637	15.522	7.752
1886	69.835	95.409	-25.574	67.580	26.764	40.816	15.242
1887	84.422	117.352	-32.930	153.498	37.305	190.083	83.263
1888	100.112	128.412	-28.300	247.796	49.503	198.293	169.973
1889	90.145	164.570	-74.425	153.612	59.602	94.010	19.385
1890	100.819	142.241	-41.422	43.395	60.241	-14.846	-56.268
1891	103.219	67.208	36.011	8.242	31.575	-23.333	12.678

Fuente: Elaboración propia a partir de John H. Williams, *El comercio internacional argentino en un régimen de papel moneda inconvertible 1880-1900*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, 1922.

nos Aires. El espíritu especulativo de la época llevó a fuertes condenas de parte de algunos grupos que consideraban que la superficialidad y la locura se habían hecho carne tanto del gobierno como de muchos de sus conciudadanos. De pronto, todo se derrumbó. Las inversiones especulativas pasaron a ser el blanco de la desconfianza y el público encontró en el oro la única inversión segura. Como resultado, el peso moneda nacional cayó de manera estrepitosa y las subidas en el precio del oro se transformaron en el tema preferencial de la discusión y la preocupación cotidianas. Este malestar económico, iniciado en 1889, se acentuó al año siguiente, cuando se desencadenó la crisis.

Los orígenes de la crisis de 1890 son objeto de discusión. Algunos historiadores ponen el acento en el marco internacional y en la forma en que la Argentina se relacionaba con él. De acuerdo con esta perspectiva, la fragilidad del sector externo tenía su talón de Aquiles en la entrada de capitales. Cuando los inversores extran-

jeros se dieron cuenta de que las expectativas sobre el crecimiento argentino superaban la realidad, decidieron retirar su dinero y generaron una aguda crisis en el balance de pagos (así como dejaron a la prestigiosa Casa Baring —la principal encargada de canalizar los movimientos de capital en el mercado londinense— al borde de la quiebra). Otros historiadores, por el contrario, han señalado la importancia de los factores internos. El origen de la crisis, según ellos, estaría en la irresponsable política monetaria expansiva, que generó una fuerte inflación y un caos irresponsable en la concesión de créditos.

La salida de la crisis fue capitaneada por el presidente Carlos Pellegrini a partir de un plan que era una versión más profunda y extendida del implementado por Avellaneda casi veinte años atrás. Las tarifas a la importación se elevaron, mientras se renegoció el pago de la deuda externa (que era imposible de cumplir), acordando posponerlo hasta fines de la década. Las importaciones se desplomaron ante las altas tarifas, la desvalorización del peso y la caída del consumo, con lo que se logró un balance comercial favorable. Por otro lado, el sistema bancario se reorganizó de cuajo, como se ha explicado anteriormente.

La maduración de las inversiones en ferrocarriles realizadas antes de la crisis, más las que se seguían haciendo en este rubro que (a diferencia de otros) continuaba recibiendo capital, originaron un incremento en las exportaciones. Fue gracias al ferrocarril que, en esos años, los cereales pudieron convertirse en un producto de exportación masiva. A mediados de la década de 1890 se comenzaron a ver los síntomas de la recuperación. Una nueva crisis, sin embargo, volvió a azotar a la economía argentina antes que el siglo terminara. En 1897, varios factores (que esta vez poco tuvieron que ver con el balance de pagos) se unieron para desencadenarla. Por un lado, las altas tarifas habían llevado a la apertura de una cantidad de fábricas que la demanda argentina no podía sostener, llevando a una sobreproducción industrial que se traducía en una competencia salvaje y una reducción de precios (y beneficios) que ponían a varias empresas el borde de la quiebra. A esto se unió el agravamiento del conflicto fronterizo con Chile, que por momentos pareció que iba a desembocar en una guerra. El temor a este desenlace llevó a una desaceleración en la concesión de créditos, un fenómeno que afectó tanto las actividades industriales cuanto el comercio. El sector externo, mientras tanto, se mantuvo salu-

La crisis de fin del siglo XIX

Por el presente se calculó el porvenir, y de ahí que, en vez de impulsarlas con cautelosa prudencia, se les diera en muchos casos una amplitud y un vuelo exagerado y violento. Se levantaron establecimientos industriales de tanto poder y de tanto costo como los más importantes de Europa, pues se creía contar con consumos suficientes para darles vida próspera y activa.

Los resultados, empero, ocasionaron algunas desilusiones. Y la razón es clara; hoy por hoy, algunas industrias carecen de consumos suficientes. Establecida una fábrica para producir 50, si sólo tiene un consumo de 20 o 30, claro está que su marcha será difícil, si el industrial, como experto piloto, no busca horizontes en nuevos mercados donde competir ventajosamente con los artículos europeos. La producción está limitada por el consumo; nadie escala las consecuencias de esta ley económica.

Opinión de un hombre de negocios chileno durante su visita a Buenos Aires, *Boletín de la Unión Industrial Argentina*, 2 de octubre de 1897, Nº 339, p. 25.

dable, permitiendo que el país comenzara el pago de su antigua deuda renegociada. La economía interna, en cambio, sólo mostró un crecimiento similar al anterior a la crisis después de un nuevo sacudón financiero internacional ocurrido en 1901 y de firmarse los Tratados de Mayo (que pusieron fin al conflicto existente con Chile) en 1902.

A partir de entonces, la economía en su conjunto desplegó sus energías de una manera que se asimilaba a la década del ochenta, pero sobre bases más firmes. Debido a la fortaleza de las exportaciones, el balance comercial se mantuvo favorable, a pesar del aumento de las importaciones que traía el crecimiento del consumo. Ya para entonces, una parte de éste se abastecía de industrias asentadas en el país, lo cual generaba el consecuente ahorro de divisas externas. Las inversiones extranjeras, por otro lado, se renovaron, con lo que la cuenta capital también se mostró en superávit. El país, por entonces, parecía haber encontrado la fórmula mágica para el crecimiento perpetuo: la coexistencia de saldos

externos favorables en el balance comercial y la cuenta capital. Una crisis internacional ocurrida en 1907 afectó poco a esta economía pujante (aunque la causa de tan poca incidencia puede relacionarse con que el principal país afectado fueron los Estados Unidos, con quienes las relaciones económicas eran mucho más débiles que con Gran Bretaña). Parte del crecimiento económico de la primera década del siglo XX se debió al optimismo que la Argentina generaba en el largo plazo, más allá de la situación coyuntural que vivían las exportaciones. Cuando ocurría una sequía, una invasión de langostas o una inundación que hacían caer las ventas al exterior, el conjunto de la economía continuaba creciendo porque los capitales, confiando en que éste era un fenómeno pasajero, seguían llegando. Este optimismo brindó el marco para el desarrollo de las fiestas del Centenario de la Revolución de Mayo, en que no se ahorró energía para mostrar que el país se había convertido en una de las naciones más pujantes de la Tierra.

El ciclo dorado se vio interrumpido en 1913. Una crisis interna-

Tranvía a caballo, Buenos Aitres, 1897.

cional, ocurrida a raíz de la inseguridad que la guerra de los Balcanes despertaba entre los inversores, llevó nuevamente a la Argentina a vivir los problemas del ciclo capitalista mundial. La caída en las inversiones condujo a un efecto de rebote en la economía interna que afectó con especial dureza a la construcción, uno de los sectores que por entonces se mostraba como más dinámico, así como al naturalmente sensible sector financiero. La estructura que el sector externo había adquirido desde principios de siglo, sin embargo, llevó a que las soluciones encontradas fueran distintas de las que habían tenido lugar para hacer frente a las tempestades de 1873 y 1890. Como el balance comercial ya era favorable antes de la crisis, no fue necesario aplicar tarifas para disminuir las importaciones más allá del descenso que la caída del consumo conllevaba. No faltaron quienes aconsejaron que tales medidas fueran implementadas, pero dos factores se unieron para que ello no ocurriera. Uno fue el contexto mundial, con una guerra que hacía que las importaciones mermaran por el cierre de los mercados europeos sobre sí mismos. El otro fue la ortodoxia económica del presidente Victorino de la Plaza, que se resistió a tomar ese camino. Igualmente, De la Plaza se vio obligado a declarar la inconvertibilidad de la moneda, ante el malestar mostrado en el afectado sector financiero. La crisis puso a la banca privada en serios problemas, que se agravaban porque los depositantes tendían a sacar sus ahorros y a dejarlos en algún banco oficial. Que fuera el Estado quien inspirara esa seguridad en 1913 (aun antes de comenzada la guerra mundial) era un dato que mostraba el éxito alcanzado en sus esfuerzos por consolidarse.

EL ESTADO FRENTE A LA ECONOMÍA

Hay una creencia generalizada que considera que el papel del Estado en la economía durante el período de auge exportador fue casi inexistente. De acuerdo con esta visión, la ideología supuestamente dominante del *laissez-faire* habría mantenido al gobierno exclusivamente como gendarme y garante del marco político-jurídico en el que se desarrollaban los negocios, pero ajeno a los dictados del mercado. Esta creencia, sin embargo, está lejos de la realidad; si bien no existió un Estado intervencionista a la ma-

nera en que la Argentina lo conoció más avanzado el siglo XX, la presencia estatal en la economía fue tan significativa cuanto compleja.

El Estado promovió las primeras inversiones garantizando sus bonos y las ganancias de las empresas ferroviarias privadas. Incluso se involucró directamente a partir de la construcción de la primera red de trenes, así como se aventuró con sus ferrocarriles de fomento donde el capital privado no lo hacía. La intervención estatal se continuaba en el mercado bancario. El papel clave que tuvo el Banco de la Provincia de Buenos Aires en los orígenes del sistema continuó con el funcionamiento del Banco de la Nación Argentina en la década del noventa. A principios del siglo XX, una renovada y pujante banca privada convivió con una fuerte influencia de esta institución estatal. El Nación, en efecto, era mucho más que el mayor banco del país (lo que ya le otorgaba su propia capacidad para influenciar sobre el sistema). Sin ser nada parecido a un Banco Central, tenía una función indicativa que resultaba ineludible para el resto de las instituciones. Su tasa de redescuento, el interés cobrado en sus préstamos y el porcentaje de sus reservas destinado al encaje eran un indicador para las demás entidades, que solían seguir sus lineamientos. Por otro lado, sus operaciones en el mercado de bonos y en el de compra de divisas limaban los desequilibrios coyunturales.

La complejidad de la relación entre Estado y economía también se desplegaba en la política fiscal. El grueso de los ingresos estatales estuvo compuesto, durante este período, por impuestos a las importaciones. Los gravámenes a las exportaciones (que no eran muchos) terminaron desapareciendo en la década de 1880 (para reaparecer tímidamente y por corto tiempo después de la crisis del noventa), pues se consideraba que obstruían las ventas al exterior, que eran el motor del crecimiento. Los impuestos directos, por otro lado, quedaban dentro de la jurisdicción provincial. Una fuente de ingreso adicional fue la aplicación de impuestos internos a artículos, como las bebidas alcohólicas y el tabaco, a los que se consideraba legítimo gravar por el efecto perjudicial sobre la salud de la población. Estos impuestos, implementados en la década de 1890, terminaron convirtiéndose en un 10% de los ingresos a las arcas fiscales, una cifra nada desdeñable aunque sólo complementaria de otras fuentes.

La política fiscal elegida, que gravaba al consumo, fue criticada

como inequitativa por algunos de los contemporáneos. Los proyectos alternativos para imponer tributos a la riqueza, sin embargo, nunca fueron seriamente considerados por el Estado. Detrás de esta elección puede verse (siguiendo una conducta que atraviesa la historia universal) la presión de los más ricos. No obstante, la dificultad que otros países tuvieron en aplicar impuestos directos al ingreso y a la propiedad nos hace interrogar sobre la capacidad que hubiera tenido el naciente Estado argentino para hacerlo. Una política tal exige un gran esfuerzo de información catastral y censal para identificar a quién se le va a cobrar, tarea que los países nuevos (sin las experiencias que en Europa se habían dado desde la Edad Media) encontraban como hercúlea. Con toda su pujanza, los mismos Estados Unidos sólo pudieron cambiar su política impositiva después de generaciones de esfuerzos recabando información. Por otro lado, que uno de los pocos proyectos para gravar la renta haya sido presentado por el diputado Emilio Berduc, un miembro del directorio de varias empresas del poderoso grupo Tornquist, somete cualquier conclusión a un análisis más matizado que el que se ha hecho tradicionalmente sobre la cuestión.

Uno de los resultados de la política fiscal argentina fue una inevitable protección a la industria local. Esta protección, sin embargo, era selectiva y compleja. El porqué de que ciertas industrias se protegían y otras no se debía a razones económicas, políticas, ideológicas y hasta fortuitas. Pero lo cierto es que una serie de bienes de consumo resultó protegido por tarifas que solían surgir o profundizarse como consecuencia de una crisis. La complicada política tarifaria se explica tanto por las complejidades del Estado cuanto de los mismos empresarios industriales. En realidad, la mayoría de éstos también eran importadores de bienes finales manufacturados, pero con alguna calidad o especificación diferente de la que producían. Así, los industriales reunían en una empresa dos actividades, como la fabricación y la importación, que aparecían antagonizando en el marco macroeconómico, pero que para ellos eran parte de un mismo negocio. Por lo tanto, estos industriales no iban a presionar por una política librecambista general (porque afectaba lo que producían), pero tampoco por una completamente proteccionista (que dañaba lo que importaban). En cambio, prefirieron influir sobre tarifas específicas dentro de los más de seis mil ítem en que se dividía el código de identificación de importaciones argentino, a partir de un lobby que encontraba su

espacio de mayor eco en el Congreso; allí presionaban para lograr protección sobre un tipo de producto y la libre entrada de otro.

Más allá de la presión empresarial, la política industrial de protección selectiva fue redondeada por el mismo Estado a través de quien fue uno de sus constructores, Julio A. Roca. En 1899, el entonces presidente definió (en un discurso público) a la Argentina como un país que no tenía una evolución económica exitosa lo suficientemente vieja —como Gran Bretaña— para lanzarse al librecambismo, pero tampoco había alcanzado aún la potencialidad de los Estados Unidos, con lo que el proteccionismo resultaba igualmente desventajoso. La elección, entonces, recayó en un pragmatismo que significaba tomar caso por caso y decidir en consecuencia. Este pragmatismo resultaba parte del discurso que influía otras esferas de la política económica. En el momento de discutir la ley de convertibilidad monetaria, existían dos posturas seriamente enfrentadas: la de los "papelistas", que deseaban una conversión del oro al peso a niveles que implicaban una fuerte devaluación (como la de establecer la paridad de un peso oro por cuatro moneda nacional), y los "oristas", que querían que el mercado siguiera funcionando libremente en la fijación del tipo de cambio. Roca tomó una posición intermedia, optando por la intervención estatal, pero a un nivel menor del sugerido por los "papelistas", el de un peso oro por cada 2,27 papel.

Los ingresos del Estado nunca llegaban a cubrir sus gastos, por lo que el déficit fiscal era moneda corriente (véase Cuadro n° 6). El agujero fiscal se cubría a partir de la emisión de deuda pública (parte vendida localmente, parte a inversores externos). Si bien esta deuda aumentaba sin solución de continuidad, llegó a tener una incidencia cada vez menor en el presupuesto a medida que avanzaba el nuevo siglo, en lo que fue un síntoma de un Estado que se consolidaba en sus finanzas. La emisión de deuda pública para solventar el creciente gasto público llevaba a un aumento en la tasa de interés del sistema y a una eventual caída en la tasa de inversión del sector privado, generando el efecto de *crowding-out* (o expulsión). Este efecto se volvía más acentuado en los momentos difíciles, cuando los inversores preferían la seguridad de los títulos del Estado antes que una atractiva —pero incierta— rentabilidad en la esfera privada.

Aunque podía generar un efecto negativo sobre la inversión privada, un Estado cada vez más gastador implicaba un aumento en

Cuadro nº 6: Presupuestos nacionales y deuda pública 1881-1914
(en miles de pesos oro)

Año	Ingresos	Gastos	Deuda pública	Servicios	% deuda sobre presupuestos
1881	21.345	28.381	107.075	8.766	45,2
1885	26.581	40.515	113.381	10.312	32,5
1890	29.143	38.145	355.762	12.958	38,6
1895	38.226	48.505	401.863	15.469	43,5
1900	64.858	68.580	447.191	26.886	41,5
1905	90.423	141.470	384.437	30.945	34,9
1910	133.094	180.947	452.790	28.518	24,3
1914	110.029	194.371	545.023	37.116	18,7

Fuente: Elaboración propia basada en Vicente Vázquez Presedo, *Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914*, Buenos Aires, Macchi, 1971, p. 93.

la demanda agregada. A partir de su formación, el Estado fue adquiriendo una serie de capacidades administrativas, que implicaban gastos en materiales y en salarios. La "empleomanía" —como se llamaba al deseo por ocupar uno de los cada vez más numerosos puestos de la administración— fue uno de los temas preferidos de la literatura, que veía en ella un signo de estancamiento (particularmente entre los jóvenes de familias venidas a menos). A principios del siglo XX el Estado creció más que el conjunto de la economía aunque sin alcanzar los niveles de desborde a los que llegaría en los años posteriores (entre 1900 y 1910 el presupuesto del Estado central crecía 2,6 veces mientras el producto no llegaba a duplicarse). Esta sola característica, sin embargo, hacía que se convirtiera en uno de los principales demandantes del mercado para proveer a sus fuerzas militares, policiales y del servicio civil.

El período en que el crecimiento económico hacia fuera se consolidó estuvo lejos, entonces, de ser homogéneo, no sólo porque se desarrollaron etapas diferenciadas dentro de lo que se supuso

como una evolución lineal sino también por la heterogeneidad en las propias características de cada una de estas etapas. Siendo la exportación el motor de tal crecimiento, una de las principales características de estos años fue justamente la conformación de un mercado interno (y nacional) de productos y de factores de producción. Este mercado comenzó a mostrar en ciertas áreas los rasgos más distintivos de las sociedades de consumo masivas que habían surgido en Europa occidental y en los Estados Unidos. Otras regiones, sin embargo, permanecían más ajenas a la llegada de tal modernidad. La política económica, por otro lado, no podía llegar a definirse ni como librecambista ni como intervencionista sino como una mezcla de pragmatismo y flexibilidad. Es que fue en esa posición intermedia, con referencia a los rígidos modelos de las interpretaciones sobre el desarrollo, donde la economía argentina encontró su difícil equilibrio: entre el dinamismo externo y el interno, entre la pujanza de una región y el estancamiento de la otra, entre la indefinición de políticas y el dogmatismo. Esta característica, que llevaría a la Argentina de entonces a alejarse tanto de la evolución que tenían otros países de América Latina así como de los Estados Unidos, fue la que plasmó los éxitos y los límites de una etapa que los argentinos tienden a asociar con el mejor momento de su vida económica.

BIBLIOGRAFÍA

Chiaramonte, José Carlos, *Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1971.

Cortés Conde, Roberto, *El progreso argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979.

——, *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

——, *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

Della Paolera, Gerardo, "Experimentos monetarios y bancarios en Argentina: 1861-1930", *Revista de Historia Económica*, Nº 12, otoño de 1994.

——, *Dinero, intermediación financiera y nivel de actividad en 110 años de historia económica argentina*, Buenos Aires, ADEBA, 1996.

Díaz, Alejandro Carlos, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

Dorfman, Adolfo, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1942.

Ferrer, Aldo, *La economía argentina*, Buenos Aires, FCE, 1964.

Flichman, Guillermo, *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.

Ford, Alec, *El patrón-oro, 1880-1914: Inglaterra y Argentina*, Buenos Aires, Ed. Instituto Di Tella, 1969.

Gallo, Ezequiel, *La pampa gringa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

Gallo, Ezequiel, y Cortés Conde, Roberto, *La formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Paidós, 1973.

Giberti, Horacio, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1981.

Oddone, Jacinto, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Líbera, 1934.

Ortiz, Ricardo, *Historia económica de la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, varias ediciones.

Phelps, V. H., "El crecimiento de las inversiones extranjeras en la Argentina", en Marcos Giménez Zapiola (comp.), *El régimen oligárquico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

Regalsky, Andrés, *Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986.

Sabato, Jorge, *La clase dominante en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, CISEA/GEL, 1987.

Schvarzer, Jorge, *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

Scobie, James R., *Revolución en las Pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968.

Vázquez Presedo, Vicente, *Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914*, Buenos Aires, Macchi, 1971.

———, *El caso argentino: migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, EUDEBA, 1971.

Williams, John, *El comercio internacional argentino en un régimen de papel moneda inconvertible, 1880-1900*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, 1922.

Zalduendo, Horacio, *Libras y rieles*, Buenos Aires, El Coloquio, 1975.